Felipe, hoy Chihuahua. El P. José Pascual quedó en San Miguel de las Bocas para aprender el idioma. Este partido doctrinaba, como dijimos, el Padre Gabriel Díaz, de quien habla así el padre Gaspar de Contreras, visitador de la provincia de Tepehuanes y Tarahumara, escribiendo al padre provincial á principios de este mismo año. "Verdaderamente, dice, no sé de qué vino más admirado, si de una ansia de ganar almas á Cristo, si de su humildad de sujetarse á cosas de niño un venerable anciano, si de su paciencia en tolerar impertinencias y boberías de gente salvaje, si de su caridad en socorrer á pobres y pasajeros, si del retiro de su oración y ejercicios espirituales, si del esmero y cuidado en el culto divino. Finalmente, allí ví á Pablo Apóstol en la vida activa, y á Pablo Ermitaño en la contemplativa. Este fervoroso misionero aumentaba cada día su rebaño con el socorro de un cacique principal, á quien puso por nombre Nicolás, y á quien destinó Dios para Apóstol de su nación. Este, como ocho meses antes había bajado con más de sesenta personas de sus hijos y parientes, á pedir el bautismo.

Conseguido después de muchas pruebas, fué un medio eficacísimo y un fidelísimo coadjutor del Padre Gabriel Díaz en la labor de aquella viña. Los tarahumaras recibían con hambre tan piadosa la palabra divina, que dentro de dos meses tuvo el P. Figueroa dispuesto para el bautismo un gran número de adultos. Señalóse para esta gloriosa función el día 15 de Agosto. Apenas se había dado principio, cuando una negra nube, casi repentinamente, ofuscó el cielo. Los truenos eran incesantes y cuasi continuos los rayos. El padre conoció la turbación é inquietud que esto causaba en los ánimos de sus catecúmenos. Los animó, diciéndoles que el común enemigo mostraba así inútilmente el sentimiento y rabia de verlos salir de la obscuridad á la admirable luz de la fé santa, que á la Iglesia de Jesucristo no le faltaban armas para ponerlos en fuga. Diciendo esto comenzó á rezar en alta voz los exorcismos, y con ellos á disiparse la nube y restituirse la serenidad al día. No fué este el único modo que el demonio intentó combatir, y con que quiso Dios probar la fé de aquellos nuevos cristianos. El día 28 de Septiembre, á fuerza de una copiosa lluvia, creció extraordinariamente un río vecino. Lo que causó más horror fué un animal de grandeza y figura hasta entonces nunca vista en el país, que llevado por la corriente bramaba con espanto y consternación de todo el pueblo y de los Padres mismos, que fueron testigos del suceso. A este terrible azote siguió el hambre, por haber barrido el furioso río con todas las siembras.

Los padres, como ordinariamente acontece en las nuevas conversiones tuvieron el trabajo de buscarles alimentos, para que oprimidos por la calamidad, no desfalleciesen en la fé.

Primeros Misioneros de los Chínipas.—Martirio glorioso de los PP. Julio Pascual y Manuel Martínez.—Martirio de algunos indios.—Castigo de los rebeldes.

AÑO 1632.

Entró, como dijimos, en 1600, el primer jesuita P. Pedro Méndez, á los indios Chínipa, sin otro fruto que reconocer el terreno.

En 1621 entró y en 1628 se domicilió el P. Castini en Chínipa, siendo propiamente el primer Misionero de esa tribu.

En 1629 sucedió el P. Julio Pascual al P. Castini. Tras el martirio del P. Pascual entró en Chínipa el P. José Collantes.

Habiendo dicho lo más saliente de la vida del P. Castini, diremos de los hechos del P. Pascual y del P. Collantes.

El P. Pedro Juan Castini, que había conquistado la nación Chínipa y reducidola cuasi enteramente al gremio de la Iglesia, después de haber estado la mayor parte del año (1628) con sus nuevos hijos, le fué forzoso dar la vuelta á los Sinaloas y Huites. Los Chínipa, pues, y demás naciones vecinas cupieron en suerte dichosísima al P. Julio Pascual, que á fines de aquel año llegó de México.

Tantas naciones de **temoris, aibinos, sisbotaris, batucas, chínipas, nebomes y guasaparis** como se habían agregado en los años próximos al redil de la Iglesia, sin la mayor contradicción, eran para los hombres apostólicos bastante motivo de temor, sabiendo que no se fundan sólidamente las nuevas iglesias, sino sobre los sudores y la sangre de sus ministros. Efectivamente, se formaba ya una tempestad para venir á descargar sobre las cabezas de algunos de los misioneros. El cacique Comabeay, que había tan instántemente pretendido el bautismo y exhortado á los demás de su nación Guazapari á imitar un ejemplo tan glorioso, poco después vuelto á su natural fiereza, había comenzado á sembrar palabras sediciosas contra el P. Julio Pascual. El buen P. procuró, con beneficios y con dádivas, vencer la dureza de aquel rebelde apóstata que, ó cedió ó disimuló algún tiempo hasta haber fortificado su partido. No tardó mucho en conseguirlo, y á fines del año antecedente, se declaró abiertamente en sus nocturnas asambleas sobre el asunto, de dar la muerte al P. Julio.

Avisado de estos perversos designios y no tomando para su defensa algunas precauciones, los fieles **Chínipas** dieron noticia al capitán, que al punto mandó el Padre seis soldados de escolta. La presencia de éstos contuvo por algún tiempo á los partidarios del mal cacique. Hicieron al Misionero tantas promesas y parecieron entrar en su deber con tal fervor, que el hombre de Dios, persuadido á que no había habido fundamento para tanto temor y que habían sido sospechas nacidas del grande amor que le tenían sus fieles **Chínipas**, volvió á la Villa los soldados.

Entre tanto el pérfido Comabeay, con la alianza de los **Vorahios** había fortificado su partido de **Guazaparis** malcontentos. Enviaron los de Vorahio á llamar al Padre para administrar la Extrema Unción á un enfermo, creyendo que con esta ocasión se detuviese algunos días en su pueblo. No había aun llegado la hora de Dios, ni era aquela sola la víctima que debía ofrecerle su vida por la salud de los bárbaros.

El P. Julio, luego que ungió y consoló al enfermo, dió la vuelta á los Chínipas, donde debía llegar muy en breve el **P. Manuel Martínez**, destinado para partir con él los trabajos de aquella nueva viña. Llegó en efecto el 23 de Enero y luego al 25 partieron juntos al pueblo de Vorahio. Cuatro días después tuvieron la noticia de los malos designios de los Guazaparis, y como á un catequista que el P. Castini nabía dejado entre ellos casado con india guazapari, habían dado cruel muerte. Se confirmó más la noticia el día siguiente, cuya noche tenían determinada para la ejecución de sus perversos intentos.

Juzgó el P. Julio Pascual que debía prevenir aquellos bárbaros y llamó en su ayuda á los fieles Chínipas. Hallábanse pocos de ellos en el pueblo, cuando les llegó tan funesta noticia; pero sin embargo tomaron luego las armas y corrieron á la defensa de su pastor. Los Guazaparis que entraron en sospecha de que venían contra ellos los Chínipas, se juntaron con los Vorahios y con algunas otras naciones de gentiles, en tanto número, que los obligaron á retirarse. Libres de aquel miedo el apóstata Comabeay y sus

aliados, antes de esclarecer el día, pusieron fuego á la casa en que dormían los padres, y juntamente á la iglesia para dar á conocer el motivo de su aborrecimiento y su crueldad. Los PP. después de haberse mutuamente confesado y preparado á la muerte, hicieron lo mismo con algunos indios oficiales que habían traído, y otros indiezuelos cantores para el servicio de la iglesia, y el P. Julio salió á hablarles con heroico valor. Su presencia y sus razones parecieron hacer algún efecto, y sea por esto ó por alguna otra razón, pasó todo el sábado 31 y la noche sin que los guazaparis intentasen alguna otra novedad, aunque en todo este tiempo no cesaron de oir los Padres injurias é improperios que mostraban bien cuánto tenían que temer del atrevimiento y furor de aquellos bárbaros.

A la mañana asaltaron los bárbaros la casa con grande alarido y tropel, quebraron las puertas los unos, otros asaltaron por las tapias y comenzaron á dispararles una lluvia de flechas. Una atravesó al P. Julio Pascual por el estómago. Herido como estaba, siguió al P. Manuel Martínez, que salió fuera del umbral diciendo: **"No muramos como tristes y cobardes; demos la vida por Jesucristo y su Santa Ley."** No acabó de pronunciar estas palabras sin que una flecha le cosiese el brazo con el cuerpo. Hincáronse luego de rodillas y erizado todo el cuerpo de flechas, consumaron felizmente el curso de su vida el día **1o. de Febrero de 1632.**

Los cadáveres cuasi palpitantes aún y revolcándose en su sangre, arrastraron furiosos y encarnizados hasta poner las cabezas sobre una viga, donde con machetes, con hachas, con piedras, con macanas, se las dejaron quebrantadas y sin figura de humanos semblantes. Fué muy digno de notar que los bárbaros no cortasen las cabezas para bailar con ellas, en aplauso y celebración de su victoria. Gran parte pudo tener en esto la fidelidad y el valor de un indio llamado Crisanto Sunemeay, que no pudiendo ya impedir la muerte de los Padres, escondido tras un pilar de la casa, se quedó hasta el domingo en la noche en guarda de aquellos venerables despojos, apartando de allí con flechas unos 4 ó 5 que vió llegar, con ánimo de ultrajarlos.

Los fieles Chínipas, entendida la muerte de los Padres, y que los apóstatas habían desamparado el pueblo de los Vorahios, para ir á quemar la iglesia de los guazaparis, sacaron los cadáveres, y con mucha veneración y dolor les dieron sepultura en su iglesia (de Chínipa) de donde poco después los trasladó el P. Marcos Gómez á su partido é iglesia de Comicary, juntándose todos los Misioneros á sus honras el 14 del mismo Febrero.

Juntamente con los Padres, dieron sus vidas por la constancia en la fe y abominación de la sacrílega impiedad seis muchachos cantores y algunos indios de los que habían traído consigo, que fueron nueve, y solo se supo haberse salvado Crisanto Sunemeay. De los niños fuera de los seis muertos, había otros dos, que ocultos debajo de una mesa uno, y otro en una alacena, tuvieron lugar de huir de entre las garras de aquellas fieras, reservándolos Dios para testigos de las circunstancias de esta acción.

Los Chínipas pasaron luego la noticia al capitán Don Pedro Perea, y al Superior de la Misión, pidiendo que se les enviase otro Padre; pero estando allí continuamente expuesto el ministro y ellos á los insultos de los Guazaparis y Vorahios que habían jurado su pérdida, fué preciso incorporarlos con los pueblos de los Sinaloas (1) padeciendo ellos este doloroso destierro de su patria y la desolación de sus casas é iglesia, que era de las más lúcidas, por conservar la fe y la religión que profesaban.

Tomáronlos á su cuidado el P. Francisco Torices con otro compañero. El capitán D. Pedro Perea por su parte se encargó del castigo de los rebeldes. Refugiados estos á sus picachos y quebradas profundas, estaban á cubierto de las armas españolas, y se habían burlado impunemente del capitán y de su tropa. En esta atención habían llegado en su compañía algunos indios amigos á quienes confió el alcance. Estos, aunque cristianos, no olvidados de su antigua fiereza en el derecho que les daba una causa de guerra tan justa, se lo creyeron todo permitido, y la venganza pasó mucho más adelante de lo que permitía la cristiana moderación. Murieron de los alzados cerca de 800 personas de Vorahios y Guazaparis. Los restantes que serían 400, por diligencia del P. Torices, se redujeron á los pueblos de los Sinaloas, fuera de unos pocos que se quedaron viviendo como fieras en los montes, ó se agregaron á algunos otros pueblos de gentiles.

---

(1) Esto es, quedaron agregados estos Chínipas y los que se sujetaron de los Guazaparis y Vorahios, que hoy llaman Vorajios ó Uuarijios, á la Misión de Sinaloa, los cuales fueron el fundamento de la Provincia de Chínipas, que tenía pueblos parte en Sinaloa y parte en Tarahumara. Fueron Guazaparis, Santa Ana, Yecora, Moris, Babouruco, Santa Inés, Seró-gahuí (monte del enemigo ó Cerocáhui) tubáres, Satebó, (saté-zabó (monte de arena), Baburigame, Nabogame y San Andrés.

Por espacio de doce años se ocupó el P. José Colantes en las misiones, en la reducción y conversión de los Chínipas. Entró el Padre á esta nación en circunstancias bastante críticas y en que hubiera desmayado cualquier espíritu menos fervoroso. Halló quemadas muchas iglesias, asoladas las más rancherías, huídos los indios y fresca aún la sangre de sus antecesores los Padres Julio Pascual y Manuel Martínez. La dulzura y la constancia del Misionero, atrajo de nuevo á los indios atemorizados, aunque por la mayor parte inocentes. Restableció los pueblos é iglesias, y casi formó de nuevo aquella cristiandad.

Llamado después á la Provincia, aunque por su humildad que le hacía creerse inepto para los demás ministerios, se ofreció á leer perpetuamente la ínfima clase de gramática, lo destinó la obediencia á la Casa Profesa de México, donde en 19 años que sobrevivió, dejó singulares ejemplos de religiosas virtudes y de una incansable aplicación al ministerio de las cárceles. Su caridad para con aquela gente infeliz le sugirió arbitrios para introducir el agua de que á veces padecían extrema necesidad en la cárcel de corte. No fué menos admirable su constancia en el catequismo y explicación de la Doctrina Cristiana todos los domingos del año en la Plaza y barrios de la ciudad de México, en cuya Casa Profesa murió con singular opinión de virtud el día 15 de Octubre de 1663. Fué el P. José Colante natural de León de Castilla.

Primeros Misioneros de San Felipe de Chihuahua.—P. Jerónimo de Figueroa.—Caso portentoso.—P. Francisco Valdés.—Fundación de Chihuahua.—Significación de la voz Chihuahua.

AÑO 1639.

Como dijimos, dispuso el P. Jerónimo de Figueroa que los primeros bautizos de adultos de Chihuahua fueran el 15 de Agosto de 1639.

De la fidelidad que á los españoles guardaron los indios ya cristianizados de la villa de San Felipe de Chihuahua, se dirá al tratar de las sublevaciones de los Pa-

pigóchis. Por ese tiempo que era por los años de 1652 ya el P. Jerónimo de Figueroa había pasado á la Misión de San Pablo.

Por los años de 1666 aparece el P. Figueroa como Superior de las Misiones de la Tarahumara, sin dejar por eso su Misión.

A principios de 1666 prendió en aquellos pueblos una epidemia, aunque no mortal, pero que al principio ignorada la naturaleza del mal, puso en consternación á aquellas pobres gentes, y dió mucho trabajo á sus ministros. El mayor de todos era ver la resistencia que hacían algunos de los enfermos al Sacramento de la Penitencia y Extrema-Unción, reliquias que habían quedado en sus ánimos de la pasada apostasía (la de los Papigóchis). Los misioneros procuraban con todas sus fuerzas disuadirlos de una opinión tan perniciosa; pero apenas podían conseguirlo de algunos pocos. Aconteció, que uno de los pocos que murieron, y que más rebeldes se habían mostrado á las exhortaciones del Padre en no recibir los últimos Sacramentos, acabase finalmente sin ellos. Desde aquel mismo tiempo en que expiró, se vió un caballo feroz dando saltos continuos y carreras alrededor de su choza y continuó por muchos días, haciendo lo mismo sobre el lugar de su sepultura, con tanto asombro de todos los indios, que luego fueron á dar aviso al Misionero, y pedirle de parte de todos los enfermos que viniese á confesarlos.

Vino prontamente, y los vecinos atónitos le llevaron á enseñarle las huellas del caballo, que decían haber visto, y que por muchos días quedaron estampadas sobre el sepulcro, según dejó escrito el P. Gerónimo de Figueroa, Superior de aquellas Misiones.

Al P. Figueroa sucedió en la Misión de San Felipe de Chihuahua el P. Francisco Valdés, quien estando aquí de Misionero, asistió á la memorable junta que se celebró en 1673 en el día de San Gerónimo en el pueblo de Huexotitlán, compuesta de los hombres más indignos que entonces había en el actual Estado de Chihuahua, que entonces se llamaba Misiones de Tarahumara. Pero de esto se dirá con el favor de Dios, más adelante.

No se fundó, pues, Chiuahua en 1708, sino en 15 de Agosto de 1639, si bien antes de esta fecha ya habían pedido los indios de Chihuahua Padre Misionero, como vimos y parece que ya habían recibido la suficiente instrucción para el bautismo.

No hay que ir al Mejicano, como alguien ha hecho, para encontrar una exótica significación de la voz Chihuahua, estrujando duramente la lingüística en dicha voz que en tarahumara dice saco ó talega en abstracto, mediante la partícula **hua** final i. e. la saquería. El sustantivo raíz, como lo llamamos en tarahumara, es **chihuá ó** con enclítica **chihuáca**; y el sustantivo derivado abstracto **chihuáhua.** Hubo este lugar el nombre de **Chihuahua ó saquería** por una casa de un indio donde almacenaban los sacos de las materias minerales que traían de las vecinas minas para beneficiarlas en las orilas del **Chubisícar.** A este río por corrupción los españoles llamaron **Chuvíscar,** contra toda regla de pronunciación tarahumárica. A lo que los españoles les llamaban el Real de San Felipe, los indios bautizaron con el nombre de **Chihuahua** en su lengua, pues uno era el dicho Real y otro el Reclit ó Santa Eulalia.

Corren otras muchas ideas erróneas sobre la erección de la Catedral, que no fué al mismo tiempo que la iglesia de Santa Eulalia, sobre la erección de las casas religiosas sobre el perímetro de la ciudad y sobre. otros puntos importantes é históricos de que se dirá á su tiempo.

—

PRINCIPIO DE LA INQUIETUD DE LOS TARAHUMARAS

Atacan el pueblo de S. Borja.—Fidelidad de los tarahumaras de Chihuahua

AÑO 1648.

Este terreno de la Tarahumara, ingrato al sudor de los operarios, no producía por estos años sino abrojos y espinas que por poco llegan á sofocar enteramente la semilla de la divina palabra. Desde la mitad del año de 1648, cuatro de los principales caciques habían comenzado á amotinar los pueblos. Llámanse Sopigiori, Tepox, Ochavari y D. Bartolomé. Noticiosos los Padres de las pláticas sediciosas de estos foragidos, pasaron aviso al Gobernador de la Vizcaya que aún era Don Luis Valdés. La diligencia de este caballero, si no impidió del todo la conspiración á lo menos con la muerte del cacique de San Pablo, tepehuán de nación, estorbó que á los tarahumaras se agregase el socorro de una gente ladina, industriosa, aguerrida y abundante de todo lo necesario para mantenerse largo tiempo en campaña. Perdida la esperanza de este auxilio, los tarahumaras comenzaron á obrar por sí solos. El primer golpe cayó sobre el pueblo de **S. Francisco de Borja,** lugar que por la abundancia de pastos y fertilidad de sus tierras era el granero de donde sacaban los misioneros el necesario sustento. Cinco españoles y algunos indios que se habían enviado á defender este puesto, murieron á manos de los bárbaros que los cercaron y pusieron fuego á las casas donde se habían retirado. A los tarahumaras de **S. Felipe de Chihuahua,** que habían también ocurrido á la defensa, no hicieron daño alguno, queriendo tenerlos gratos para hacerlos entrar en su partido. El Capitán Juan Fernández de Carrión, justicia mayor del Parral, con la poca gente que pudo juntar de mercaderes y vecinos de los pueblos, entró algunas leguas en busca de agresores, esta especie de aventureros no era muy propia para una expedición arriesgada y que pedía algún tiempo. Así después de algunas ligeras escaramuzas con algunas cuadrillas desbandadas sin haber podido encontrarse con el grueso de los enemigos, hubo de volverse al Parral, donde á cada uno lo llamaban sus negocios domésticos. Informado el Gobernador de Nueva Vizcaya, hizo entrar en la tierra de los alzados al Capitán Juan de Barrasa, á cuyo cargo estaba el presidio de **Cerrogordo,** hombre de mucho valor y de una grande experiencia en guerras de este género. Dos eclesiásticos que creían tener para con los indios mayor autoridad de la que efectivamente tenían, pidieron licencia al mismo Gobernador para entrar con el Capitán Barrasa. A pocos días de marcha no sólo pretendían tener parte en todos los Consejos, sino que á su arbitrio despachaban tropas de indios amigos, tomaban puestos, disponían las jornadas y causaban en el ejército una división siempre perniciosa. El gobernador instruído de lo que pasaba, mandó retirar del campo á aquellos dos eclesiásticos y en su lugar quiso que fuese el Padre Vigilio Maez, ministro de Satebó.

———o———

Castiga el Gobernador á los alzados de Papigochi.—Fúndase la Villa de Aguilar.

AÑO 1649.

Con este nuevo orden marchó á largas jornadas hacia el Valle del Aguila, donde se sabía haberse acogido los alzados. Por muchos días no se pudo llegar á las manos, hasta que habiendo enviado

al Capitán Diego del Castillo á reconocer el campo de los enemigos, encontró éste con una tropa de ellos, de los que hirió á muchos y mató algunos. Conocido por medio de algunos prisioneros el número de los contrarios y los ventajosos puestos que ocupaban, determinó el Capitán Barrasa dar aviso al Gobernador de la Vizcaya, que ya era entonces D. Diego Fajardo, pidiéndole, juntamente, víveres y algún mayor número de soldados. El nuevo Gobernador, recibida esta noticia, marchó en persona al Parral, de donde al frente de trescientos sesenta hombres entre españoles é indios amigos, partió á juntarse con el del Capitán Barrasa, como lo ejecutó el 18 de Enero de 1649, con extraordinaria diligencia. Logró Su Señoría que atemorizados los indios con varios acontecimientos felices y con muchas partidas de españoles que por todas partes los seguían, quemadas más de trescientas poblaciones pequeñas y taladas sus sementeras y muertos ó prisioneros muchos de los suyos, viniesen rendidos á sometérsele y á pedirle la paz. Se les concedió con la condición de que habían de entregar á los cuatro caciques autores de la sedición. El principal agente de esta negociación que fué un cacique llamado Don Pablo, partió en busca de los alzados, y juntos luego muchos de los suyos, volvió al campo con la cabeza de Don Bartolomé, y con la presa de sus hijos y mujer. La misma fortuna corrió poco después el cacique Tepox, que cayó en manos de una tropa de fieles tarahumaras. La conciencia de su delito le hizo pelear con desesperación, hasta morir erizado, todo el cuerpo, de innumerables flechas. **Sopigiosi** y **Ochavari**, solitarios y errantes, de bosques en bosques, presos ya, sus hijos y mujeres y la mayor parte de su séquito se hubieron de rendir por fuerza poco después de la partida del Gobernador. Este, antes de volverse al Parral, dejó en el mismo valle del Aguila, una población nueva á la que dió por nombre **Villa de Aguilar**. El sitio era muy propio por la abundancia de agua y fertilidad de los campos, y por otra parte de bella situación para servir de freno á la inquietud de aquellas naciones. Estaba muy cercano el Valle **Papigochi**, muy poblado de tarahumaras y donde le pareció podía establecerse una florida misión, cuyo ministro atendiese juntamente á los españoles de la Villa. Quiso que se encargase la Compañía de este cuidado y efectivamente se envió luego al P. Cornelio Bendín, fervoroso flamenco que poco tiempo antes, animado de espíritu apostólico, había venido de Europa.

Principio de la misión de Papigochi.—Primera fundación de Papigochi por el P. Cornelio Bendin.

AÑO 1649.

El celoso misionero avanzó mucho en poco tiempo; era dotado de un natural muy blando, con lo que le fué fácil hacerse amar de los indios, que presto se congregaron en grande número. Fabricó casa é Iglesia en lugar algo apartado de la Villa, enseñando el mismo Padre á los indios y ayudándolos personalmente en el trabajo, aun de sus propias chozas.

Su caridad le traía de rancho en rancho, por todos los contornos, halagando á los naturales y rara vez volvía sin mucho acompañamiento de los que dejaban las breñas y los bosques, que venían á establecerse cerca de la Iglesia. Comenzó luego á instruirlos y en poco tiempo había ya conferido el Bautismo á la mayor parte de los adultos.

En medio de estos progresos que llenaban de consuelo, no le faltaba al santo hombre mucha materia de mortificación por las vejaciones que hacían á los neófitos, muchos vecinos de la villa más atentos á sus temporales intereses que á la propagación del reino de Dios. En vano se quejó el misionero á la justicia y aun al Gobernador del Parral. Nada valió, sino para atraerle nuevos enemigos, entre los mismos españoles, de quienes no faltó un malvado que intentase poner sus manos sacrílegas en el Cristo del Señor. Los indios que hallándose afligidos y casi reducidos á esclavitud, se creían engañados, procuraron deshacerse de unos vecinos tan incómodos.

No estaban aún bien apagadas las cenizas del pasado alzamiento. D. Diego de Lara, gobernador de la nueva Villa, con esta noticia, avisó al Padre, que no tenía segura la vida y que se retirase. El bendito hombre respondió que no podía resolverse á desamparar á sus amados hijos: que él no les había hecho mal alguno ni tenía por qué temer y que en todo trance estaba dispuesto á morir por su rebaño. Era esto á fines del año de 1649 y presos por entonces algunos sediciosos pareció serenarse un tanto la borrasca.

Renuévase la sedición de Papigóchi.—Heroicidad del P. Cornelio Bendin.—Muere á manos de los bárbaros en la iglesia

AÑO 1650.

Esta fingida paz no duró sino mientras fortificaban más su partido. Los principales autores eran Don Diego Barrasa, cacique de S. Diego Iguachínipa, **D. Luis, cacique de Yagunaque** y Teporaca, otro bravo cacique, que en el motín antecedente había sido muy fiel á los españoles, y ahora había vuelto las armas contra ellos. Aconteció que el día 15 de Mayo de este año de 1850 fuese el Padre Cornelio á dar la Extrema-Unción á una india joven que luego murió, antes de dos horas. La madre, penetrada del más vivo dolor, salió como furiosa, gritando por el pueblo, que el padre, con aquellos aceites, había muerto á su hija. En los ánimos ya conmovidos hizo grande impresión esta calumnia. Ya casi corrían á las armas, y no sin grande fatiga del misionero, vinieron á sosegarse por entonces. Sin embargo, así los tres caciques nombrados, como algunos **hechiceros** que nunca faltan entre estas gentes, tomaron de aquí ocasión para avivar más sus pláticas sediciosas. El cacique de Yagunaque era un declarado apóstata. Decía públicamente, que no había de volver á ver Padre ninguno sino para darle la muerte: que no quería oirlos ni aprender más de su ley; que él, no tenía más Dios que su carne, su mujer y sus hijos. El Teporaca era un indio de bastantes luces y de una persuación natural que apenas dejaba libertad para resistir á sus discursos. Por otra parte, se le creía tanto más, cuanto habiendo sido antes, muy amigo de los españoles, no se persuadían á que se hubiese vuelto contra ellos, sin razones muy justificadas. Añadíase el crédito de su valor y astucia militar con que había hecho tanto estrago en los mismos de su nación, en la guerra pasada, y que había tantos motivos de creer emplearía mejor en los extraños por la defensa de sus naturales. Convocados muchos pueblos y dispuesto todo lo necesario, la madrugada del sábado 4 de Junio, víspera de Pascua de Pentecostés, prendieron fuego á la casa del Padre, dos horas antes de amanecer. La algazara de los enemigos que rodeaban por todas partes la casa, el calor y el humo, avisó luego al misionero y á un soldado que se le había enviado de escolta, llamado Fabián Vázquez. Uno y otro corrieron bien presto á sus armas. El Padre á un devoto Cru-